II. NOTAS

"NAZARÍN". NOTA DE RELECTURA

Hugo Montes B.
Dpto. de Literatura, Universidad de Chile

Después de leer y haber leído mucho en mi vida –nunca demasiado– ... sigo leyendo. Es un hábito, pero es más y menos que un hábito. Más que hábito, porque cada vez el buen libro me sorprende, me parece inaudito en su fuerza o en su belleza, en su penetración sicológica; y menos, porque siempre la lectura es algo singular, único. Es como la conversación con un gran amigo, algo reiterado aunque nunca repetido. Es el cántico nuevo que nos pide la Biblia. No importa que la letra, el ritmo y la melodía sigan iguales, pues la novedad pedida es la del corazón. Hay que cantar un cántico renovado en el espíritu de tal manera, que su intensidad y el estado de ánimo del cual nace lo hagan siempre distinto. En síntesis, lectura es hábito pero no acostumbramiento mecánico al hecho de leer.

Esta simplicidad y aquella sorpresa se mantienen en mí aun cuando releo una obra leída quizás varios o muchos años atrás. Y debo confesar que estoy releyendo cada día más. No sé si ello es signo de vejez o de madurez. No me avergüenzo, en todo caso, de confesarlo abiertamente. Suelo ir a los anaqueles de mi biblioteca a vagar y a divagar entre tanto libro, y sin habérmelo propuesto, la mano casi sola se alarga a lo ya conocido. Me esperan mi Machado, mi Quevedo, mi Jorge Guillén, mi Jorge Manrique, mi Molière, mi Juan de la Cruz. Son tomos rayados y subrayados en líneas que hoy día quizás habría dejado incólumes, porque otras me atraen y me significan más. Son tomos que dan voces y que piden los vuelva a considerar pues tienen algo diverso que ofrecerme. Parece que ellos me conocen a mí tanto como yo a ellos. Una suerte de complicidad hay entre el libro y el lector que complace a ambos. ¿De verdad, entonces, los libros son una realidad viva, vital, alimentadora de quien va a ellos con espíritu abierto, con ganas y necesidad de dialogar, de crecer, de ahondar?

Estas y otras consideraciones similares, a propósito del encuentro fortuito con una novela de Benito Pérez Galdós, *Nazarín*. Me llegó en tomo sobrio y de buen gusto, prologado y anotado sabiamente por el catedrático de Literatura Española en la Universidad de Extremadura, Gregorio Torres Nabrera. Lo edita Castalia, Madrid 2001.

No encontré, en cambio, el libro viejo, el de la primera lectura, con ser yo un galdosiano empedernido, de esos que alguna vez leyó de un tirón los 47 volúmenes de los *Episodios Nacionales*, *Gloria*, *Fortunata y Jacinta*, *Marianela* y sabe Dios cuántas cosas más. ¿A quién lo habré prestado?

Tenía el recuerdo de una novela recreadora nada menos que de Jesús Nazareno. ¿Cómo iba a encontrarla ahora, luego de largos años de una vida que pretendió profundizar cada vez más en lo religioso y acercarse a Cristo, el Verbo encarnado? Vamos por parte.

Nazarín se presenta como una biografía, antes que como un cuerpo doctrinario. No faltan, es cierto, las disquisiciones generales que apuntan a una teoría, pero ellas nacen siempre de situaciones vitales concretas. Constituyen una explicación o, mejor, una suerte de interpretación de esas situaciones. Y, sin excepción, descansan en los Evangelios.

En la vida de Nazarín, racialmente más vinculado con el mundo árabe que con Israel, sobresale la pobreza. Es el suyo de un desvalimiento económico absoluto. Vive de la limosna, y si algo le sobra lo regala, porque siempre habrá alguien –dice– más necesitado que él. Come lo que le dan o lo que la naturaleza le ofrece. Nada le causa repugnancia. No bebe vino, salvo muy ocasionalmente. Es feliz con un vaso de agua. Al comienzo de la novela aparece arrendando un cuarto en un suburbio madrileño de última clase, vecino de gitanos y mujeres que vociferan y pelean por cualquier cosa y que no son precisamente ejemplo de honradez ni de pudicia. El es pobre entre los más pobres, como suele decirse hoy. Y tiene el desvalimiento propio de la escasez máxima.

A medida que la obra avanza, el protagonista pasa a ser un itinerante que duerme al descampado o en cobertizos ínfimos, antes propios de animales que de personas. Sufre frío o calor con resignación ejemplar. El "bástele a cada día su afán" es vivido a la letra y en la plenitud del espíritu. Sus relaciones humanas se dan naturalmente con gentes sencillas, generosas a veces, a veces egoístas y de malos sentimientos. Alguna vez un niño, casi siempre adultos y hasta ancianos. Prevalecen las mujeres. Precisamente dos provenientes de un mundo de extrema pobreza, lo acompañan en su peregrinación. El quisiera ir solo, pero ellas se empeñan en estar a su lado. Son discípulas, por así decirlo, rudas y pecadoras, pero deseosas de una espiritualidad que ven reflejada en un hombre distinto, que sabe del amor de Dios y predica un reino de felicidad.

Nazarín es sacerdote. Al principio se le encargaban misas que aumentaron con los estipendios de rigor, sus mínimos fondos. Pero poco a poco la vida diferente, incomprendida por sus compañeros de sotana, lo privaron de esta entrada. Jamás tuvo una diferencia doctrinal con la jerarquía eclesiástica, pero la separación fue en el hecho categórica. Si no lo comprendían ni lo aceptaban, él se perdía en la jerga de los cánones y en los laberintos de parroquias y episcopados. El reino que Nazarín predicaba definitivamente no era de este mundo. Optó por el amor a Dios y al prójimo, optó por la oración y la lectura de la Biblia; la "ley" fue quedando relegada. Bien claro nos lo dice el comienzo de la Tercera Parte:

> "No huía de las penalidades, sino que iba en busca de ellas; no huía del malestar y la pobreza, sino que tras de la miseria y de los trabajos más rudos caminaba. Huía, sí, de un

> mundo y de una vida que no cuadraban a su espíritu, embriagado, si así puede decirse, con la ilusión de la vida ascética y penitente. Y para confirmarse en la venialidad y casi inocencia de su rebeldía, pensaba que en orden dogmático sus ideas no se apartaban ni el grueso de un cabello de la eterna doctrina ni de las enseñanzas de la Iglesia, que tenía bien estudiadas y sabidas al dedillo. No era, pues, hereje, ni de la más leve heterodoxia podían acusarle, aunque a él las acusaciones le tenían sin cuidado, y todo el Santo Oficio del mundo lo llevaba en su propia conciencia. Satisfecho de ésta, no vacilaba en su resolución, y entraba con paso decidido en el yermo; que tal le parecieron aquellos solitarios campos".

El sacerdote, básicamente, es aquel sacado de entre los hombres para ofrecer sacrificios expiatorios a Dios y predicar su palabra. EL único, el Sumo Sacerdote, es Cristo Jesús. El sacrificio expiatorio es el de dar la vida en el Calvario, que reconcilia definitivamente a la humanidad con el Señor. Sólo el Hijo de Dios, a la vez Hijo del Hombre, puede lograr lo que los sacrificios de carneros y bueyes, por más que se multiplicaran, no podían lograr. Nazarín lo sabe y por eso su holocausto es el de su vida misma unida a la de Cristo Jesús. Por eso también la novela concluye con la prisión del protagonista, con sufrimientos mayores, con abandono total en manos del Padre y con un deseo vehemente de celebrar la misa –renovación incruenta del calvario.

Aspectos menores, aunque también relevantes, perfilan todavía más la semejanza entre Nazarín y el Nazareno; por ejemplo, las dos mujeres que lo acompañan: Ándara y Beatriz. Una visionaria y apegada hasta físicamente al maestro ; la otra, más activa pero igualmente fiel dentro de sus debilidades. Está clara la relación con María y Marta, las hermanas de Lázaro el resucitado. Piénsese además en el "Sacrílego" evocador del buen ladrón, en el abandono total en que ocurre la "pasión" del protagonista, igual a la del Cristo que pregunta por qué el Padre lo ha abandonado, en la desinteligencia con el hombre rico que lo invita a su mansión fastuosa y en todo ese telón de fondo de hombres y mujeres desamparados, enfermos, hambrientos. Es ésta una multitud que por momentos concuerda con Nazarín, lo alaba, lo sigue, pero pronto lo deja de lado y pasa a ser su enemigo. Igual, por cierto, al pueblo que alaba a Jesús con ramos y cánticos cuando entra en un burrito a Jerusalén y luego pide a gritos que lo crucifiquen. Y están las noches en oración, el diálogo constante con gentes que salen al camino, las visiones apocalípticas de un futuro de gloria, el milagro de la nube que protege a los que iban a ser asesinados, el que muchos lo crean un loco.....

No, la novela de Galdós no me ha desilusionado. Ha salido airosa en esta prueba casi imposible de recrear a Cristo en el siglo XIX. Sin moralismos baratos y sin beatería ni asomos de heterodoxia o de crítica fácil a la iglesia institucional, Nazarín grafica la humanidad rechazada de un visionario enamorado de Dios, valiente y humilde, apasionado buscador de un reino que no cabe encontrar a lo menos por ahora en los límites tan estrechos del bien y del mal en que nos toca vivir. No se pida más. Tampoco tuvo don Benito la intención de escribir un quinto evangelio.

Si alta fue la primera meta que Galdós tuvo en cuenta al crear Nazarín –los evangelios–, la segunda –el *Quijote* de Cervantes– no era nada pequeña. No es que quisiera emular lo inalcanzable, sino que le resultaba de alguna manera natural poner en el marco de tan altos modelos a su personaje, un cristiano distinto y que el mundo rechaza

por la razón muy simple de haberse propuesto vivir a la letra las exigencias evangélicas; un hombre además idealista al extremo y que, llevado por sus ideales, sale de su casa y de sus casillas para convencer a las gentes de la actualidad y la necesidad de los caballeros andantes.

Una de las "salidas" del protagonista bien pudo ser la del caballero de la Mancha: "Acostáronse todos, y a la mañana siguiente, el bendito Nazarín, descalzo, ceñida la faja sobre el chaleco de Bayona, encasquetada la montura, y un palo en la mano, despidióse alegremente de sus honrados bienhechores, y con el corazón lleno de júbilo, el pie ligero, puesta la mente en Dios, en el cielo los ojos, salió de la casa en dirección a la Puerta de Toledo: al traspasarla creyó que salía de una sombría cárcel para entrar en el reino dichoso y libre del cual su espíritu anhelaba ser ciudadano" (p. 163 de la edición Castalia).

Más adelante, cuando alguien habla de la posible caída del Gabinete Ministerial, Nazarín responde con palabras que evocan analógicamente dichos de don Quijote: "Contestó don Nazario con buen modo que él no sabía nada del comercio, ni de negocios, ni le importaba que mandase Sagasta o no, y que conocía al señor alcalde casi tanto como al emperador de Trepisonda" (Ídem, 178).

Bien acota Gregorio Torres Nebrera, en la edición citada, diversos pasajes de Nazarín que recuerdan a la letra y en el espíritu el modelo cervantino. Baste una de sus numerosas y acertadas acotaciones: "Todo este parlamento de Beatriz, y en especial sus últimos y prudentes consejos, recuerdan a las frecuentes actitudes de Sancho Panza, cuando su señor y caballero intenta emprender una aventura que el buen escudero consideraba descabelladas" (Ídem 203). El mismo tesón en seguir con aventuras insensatas al parecer de todos, la bonhomía para responder y hacerse cargo de quienes lo reprochan y lo hieren, la intrepidez para arremeter contra sus enemigos y la resignación en los descalabros, la no pequeña dosis de lectura que ha formado a Nazarín el bueno... son otros tantos rasgos y situaciones que asemejan a ambos personajes. Las diferencias obviamente son muchas, desde la falta de humor en la novela galdoseana hasta el alejamiento del mundo de los refranes aportado por el escudero en la de Cervantes. Como sea, ambas obras pueden legítimamente parangonarse. Este solo hecho ya deja bien puesto al autor decimonónico que se atrevió a mirar de cerca vara tan alta.

Vuelvo, para concluir, a eso de la relectura, que bien valía la pena en este caso y no solo para gozar con una excelente novela ya conocida, sino también para comprobar hasta donde la reiteración nada tiene de copia ni, menos, de plagio. Por el contrario, Pérez Galdós nos dejó una obra propia plenamente personal, inserta a la cabalidad en la corriente de naturalismo espiritual propia de los años finales del siglo XIX que, sin embargo, procede en el espíritu y en su estructura de creaciones señeras y ampliamente conocidas. Lo sabemos, pero conviene repetirlo: la verdadera tradición es creativa. Y más aún, según dijo alguna vez Eugenio D´Ors, "todo lo que no es tradición es plagio".